

CHARLES MAURRAS, MODELADOR DE UNA ÉPOCA

POR

THOMAS MOLNAR

Hay serios obstáculos en nuestro camino cuando intentamos dar a conocer a América la personalidad, la significación y el pensamiento de Charles Maurras (1868-1952). Uno de estos obstáculos es que los estudiantes americanos y su entorno académico han sido principalmente moldeados por el espíritu germánico con alguna representación, aquí y allí, de la latinidad, un Santayana o un Maritain. El sistema universitario francés está lejos de su habitual modo de pensar, y el modelo francés de la enseñanza es más distante todavía. Los escritos de Maurras han sido, por tanto, poco traducidos, escasamente discutidos (esto sería en nuestros días políticamente incorrecto), sin mencionar que no era leído a ningún nivel académico. El hecho, además, de que T. S. Elliot fuese un gran admirador de Maurras, no ayuda, y aún disminuye al pensador francés a los ojos de los críticos americanos.

Hay además otras razones para el ancho distanciamiento. Maurras es la quintaesencia del pensador antidemocrático, y el "pluralismo" representaría para él la coexistencia de varios mundos cerrados, "repúblicas" bajo la monarquía unificadora. Nosotros las denominaríamos como "minorías": protestantes, francmasones, judíos y extraños. Estas "repúblicas" casi autónomas, estos cuatro caballos del Apocalipsis, penetraron en Francia como elementos extraños y con el advenimiento de la modernidad corroyeron su sustancia autóctona. Serían "repúblicas bajo un rey" una imagen ideal necesitada de un gran pacto de arquitectura polí-

tica. Para Maurras, el Estado (política) no puede ser separado de los cánones clásicos (estética) (1).

Al llegar a este punto nos encontramos en el corazón de la doctrina maurrasiana, en el polo más alejado de las premisas anglosajonas, una visión mediterránea del mundo en la que los griegos y los latinos comulgan. El Estado es una obra de arte (Aristóteles contrapesando a Platón en una tensión inacabable), un ordenado y justo arreglo, construido para la permanencia, un ideal. Ello está lejos, inalcanzablemente lejos, de la política pragmática del enfrentamiento de camarillas, de los sistemas de voto, de las encuestas, de violentas banderías autorizadas. El espíritu clásico está siempre presente en la literatura maurrasiana, incluso en su nombre más representativo: Carlos-María Photius, el último mercader griego de que haya noticia del siglo vi, descubridor de Marsella, metrópolis del Midi, no lejos del lugar de nacimiento de Maurras. El ideal griego le acompañaría hasta el fin como signo de perfección, cima de plenitud, punto de referencia, y una especie de control interior. Se ha sostenido por "terribles simplificadores" que Maurras introdujo el fascismo en Francia, y desde luego fue sentenciado a prisión perpetua a la edad de setenta y siete años, como "colaborador del ocupante germano". Este hecho explica, por otra parte, porqué Maurras y su obra son prácticamente desconocidos en los Estados Unidos, donde ocasionalmente los alumnos muestran cautelosamente algunos textos maurrasianos como si fuesen estampas indecentes.

Vamos a intentar establecer aquí un mínimo de verdad. Hubo algunos errores de juicio juveniles de Maurras, pero fueron entonces comunes en la generación de Anatole France, Ernest Renan, y otros, todos seguidores del positivismo de Augusto Comte, un "científico", filósofo y sociólogo (este último término acuñado por el propio Comte), una doctrina no distinta de la de

(1) El espíritu helenístico de Maurras y su inspiración son importantes factores considerados aquí. Su formación *provençal* fue estructurada sobre las antiguas comunidades griegas que se extendieron desde Asia Menor hasta la costa española. Estas comunidades fueron intensamente comerciales pero, por otra parte, con una cerrada participación de los extranjeros y otros extraños.

Herbert Spencer en Inglaterra. Hemos de explicarnos la historia del éxito de Comte y su influencia generacional por el hecho de que el siglo XIX revolvió a Francia de arriba a abajo, una época verdaderamente difícil. Se inicia con la conmoción mundial del imperio napoleónico seguido de tres revoluciones, que con la de 1789 a su espalda, cambió las estructuras de la sociedad; esto fue seguido por la crisis producida por la restauración o, en su caso, por la abolición de la monarquía, la colonización del norte de África e Indochina, la ilegalización de las órdenes religiosas por una agresiva e ideológica república laica (1905). De este modo una mitad de la "intelligentsia" de los países siguieron el positivismo de Comte, preparación para una sociedad científica; la otra mitad fue católica y realista. Maurras aparece en una posición importante como un unificador de las dos corrientes. Un factor unificador fue la general aversión de Alemania, victoriosa en Sedán (1870), una Alemania no obstante admirada por su progreso en todas las ciencias y tecnologías. Para Maurras, los germanos eran los "otros" por excelencia (protestantes, románticos, sentimentales y bárbaros), y frente a ellos el positivismo que representaba la racionalidad francesa (greco-latina), la lucidez y políticamente la mejor organización partiendo de un principio. El clima ideológico para esta visión fue la claridad del aire mediterráneo, el sol en lo más alto del mediodía, el silencio y equilibrio celebrado por el gran poema *Le cimetière marin* de Paul Valéry —oscuridad germana frente a luminosidad francesa. La sabiduría de los sabios pre-socráticos fue cercana a esta visión "provençal".

En 1886 Maurras fue comisionado por su periódico para informar en los primeros Juegos Olímpicos celebrados en Atenas. Se discute sobre si "descubrió" el ideal clásico en la Acrópolis, o si este episodio supuso solo la final revelación de las ideas de su madurez. Este viaje fue para él el momento más privilegiado, como otros momentos fueron decisivos para Descartes y para Pascal, y antes que ellos para San Agustín —los tres mediterráneos. (Tengamos también en cuenta que a lo largo de su vida Maurras fue sordo como una tapia; visión e intelecto fueron sus principales canales para aprehender la realidad del mundo.) Su greco-latina *forma mentis* representó para él la imagen de las clá-

sicas columnas de la arquitectura política, de agudos contornos y jerarquías, con las que cada ciudadano ocupaba su lugar. Expresado en otra forma, existen las multiplicaciones de la sociedad civil, pero las instituciones y finalmente el rey hereditario se hallan en la cima. No es tan rígido como la República de Platón, pero de una inspiración similar. No es fascismo, ni tampoco nazismo, ambos demasiado turbulentos para las preferencias clásicas de Maurras, ambos extraños en razón de su ingrediente socialista y de su entusiasta pero temporal unidad, no fijada en forma institucional. El edificio maurrasiano es asimismo diferente del de Carl Schmitt, el crítico germano del Estado moderno, culpable de la constitución de Weimar por su fracaso por no designar a un árbitro supremo en caso de alboroto y peligro. Precisamente, el Estado maurrasiano no necesita la designación de árbitro; pone tal función en el monarca, rodeado por leales funcionarios civiles. Tomás Moro sería una buena ilustración.

¿Es esto acaso una construcción utópica? ¿Se trata de la república ideal de Platón, sin un rey filósofo pero con un miembro de carne y hueso de la nación y de su historia? Yo me inclino a creer, más bien, que el reino maurrasiano es un intento de respuesta a los políticos modernos "antes" de que la anarquía arraigue y se deba hacer un llamamiento al "hombre providencial". En su forma pura tal cuerpo político no se encontrará nunca, pero se ha de tener en cuenta que Maurras creció en las primeras décadas de la tercera República, con su hipocresía y escándalos de corrupción, su débil defensa nacional, incapaz de hacer frente a Bismark y al Kaiser y su hedonismo *fin-de siècle*. Treinta años antes, en España, Donoso Cortés, desesperado por la ausencia de una dirección por parte del rey, apelaba a un dictador para gobernar un imperio progresivamente pulverizado. Napoleón III fue una débil imitación de tal dictador (2). En la Alemania del Kaiser Guillermo, Max Weber diagnosticó la moderna debilidad política, aunque su solución difería de la de Donoso Cortés y de

(2) Parecidos, reales o fracasados *coups d'Etat* semi-militares, no fueron infrecuentes en las nacientes democracias de la última centuria y en los primeros años treinta, desde el general Boulanger hasta Mussolini y Franco.

Maurras. Todavía intentó traer un remedio a las mismas enfermedades, a saber, la esperanza de que el patriotismo y la formación de funcionarios civiles protegería la discutible validez del orden democrático industrial.

En una Francia todavía monárquica de corazón, Maurras no tenía gran dificultad en encontrar apoyos para la restauración. Desde el caso Dreyffus hasta la derrota de 1940, medio siglo, Maurras fue el indiscutible modelo de los oficiales del Ejército, del clero, de las señoras elegantes, de las clases burguesas e incluso de algunos patriotas izquierdistas que encontraban su "república" no suficientemente militante. Contrariamente a los últimos tiempos, amplios sectores de la "intelligentsia" fueron también ávidos lectores del periódico de Maurras, la *Action Française*, que personificaba las aspiraciones y gustos literarios de la Derecha. Aún en el día de hoy, los residuos de la Derecha le consideran como su *maitre à penser*, y no faltan jóvenes que se declaren a favor de su causa, un decidido patriotismo. Muchos de mis propios amigos pagan tributo a su forma de pensar. En realidad, cuando Maurras fue condenado a prisión, donde murió, Francia se dividió de nuevo en dos campos y la escisión casi llegó a una guerra civil cuando Charles De Gaulle concedió la independencia a Argelia y liquidó el imperio. Los seguidores de Maurras nunca perdonaron al General Presidente (3).

Hubo, no obstante, otras tragedias que desestabilizaron el pedestal sobre el que se asentaba Maurras. En 1926, el Papa Pío XI, excomulgó la *Action Française* (movimiento y varios periódicos) descargando un golpe casi mortal a sus seguidores, la mayoría de ellos católicos, a partir de dicho momento divididos en sus lealtades. Muchos se alejaron de Maurras, y unos pocos volvieron cuando en 1939 Pío XII levantó el interdicto. *Mutatis mutandis*, fue una especie de caso Lefebvre. Un segun-

(3) Esto parece una paradoja a partir de De Gaulle, vástago de una familia maurrasiana, que instintiva y conscientemente asumió actitudes de monarca como presidente de la República francesa (1960-70). En 1960 tuve la oportunidad de observarle en una conferencia de prensa en el palacio del Eliseo donde el aspecto de monarca como Luis XIV estuvo muy en evidencia.

do episodio tuvo lugar en febrero de 1934, cuando la derecha francesa vio llegado el momento de atacar al Gobierno y al mismo régimen por su continua corrupción y por la infiltración comunista. Una enorme multitud estaba dispuesta a invadir el edificio de la Asamblea Nacional para "expulsar a la canalla"; un mensaje de Maurras, todavía y siempre solo un editor de periódicos, aunque gozara de un prestigio único, habría bastado probablemente para lanzar el ataque. En este momento oportuno dudó, enseguida desistió, a pesar de la presión de sus jóvenes discípulos para actuar. Éstos nunca le perdonaron por haber sido, en estas horas fatales, solamente un periodista (4). El año siguiente la Coalición de izquierdas, el "Frente Popular", alcanzó el Gobierno —quizás el factor decisivo en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial cuatro años más tarde.

Las energías intactas de la Derecha el 6 de febrero (hay que recordar que Hitler acababa de ser designado ¡Canciller!) se conservaron hasta la derrota de 1940 y la llegada del mariscal Petain al poder. En una gran nación la historia de los acontecimientos a menudo se repite. A mitad del siglo XVIII Francia tenía, es un decir, dos cabezas: Luis XV y Voltaire, príncipe sin corona de la República de las Letras. Algo parecido ocurrió en 1940: Petain y Maurras. El Mariscal, además, fue de hecho un maurrasiano como lo fue la mayoría de los funcionarios del Estado de lo que hoy se denomina "Estado Francés", una "república" sin más. La diferencia entre las dos situaciones, separadas por doscientos años, fue resultado de la ocupación alemana. La pregunta adecuada es: ¿hasta qué punto el pensamiento maurrasiano fue responsable de las nuevas leyes promulgadas por el régimen de Vichy y, en qué medida lo fue por las órdenes del poder ocupante? Aún en nuestros días la respuesta está sin decidir, pues la mitad de Francia mucho antes de estos sucesos había sido maurrasiana (y conti-

(4) Entre los ardientes jóvenes que vieron esta ruptura entre las palabras y los hechos como un escándalo algunos sucumbieron a la "tentación fascista". Llegaron a ser simpatizantes hitleristas y más tarde cooperaron con las fuerzas de ocupación, uno, el gran poeta Robert Brasillach, fue sentenciado a muerte por la *épuration* y ejecutado (febrero de 1945).

nuaría siéndolo hasta ese día). ¿Condenar a una nación entera? ¿Condenar a su mitad? ¿Estaba la otra mitad libre de errores políticos y doctrinales? Evidentemente no, aún en el caso de considerar que el gobierno social-comunista fue fuertemente manipulado por Stalin, el cual sabotó la guerra que se avecinaba. ¿Qué lado entonces fue culpable de abrir las puertas estratégicas de Francia en el noreste de la frontera? ¿No fueron acaso los pacifistas de izquierdas que gozaron de popularidad en el exterior entre sus aliados intelectuales compañeros de viaje de Stalin desde Picasso al Deán Rojo de Canterbury? (5). La historiografía de final de siglo todavía no ha dado una respuesta a estas cuestiones porque algunos vigorosos tabús oponen un debate objetivo en cada uno de los países implicados, incluidos los Estados Unidos. Ciertamente en este papel, para un contemporáneo que fuese al mismo tiempo un hombre joven de la Europa Central, Maurras y su pensamiento político no se considerarían elucubraciones aisladas sino que ocuparían una posición e influencia central en el pensamiento desde Atenas hasta Buenos Aires, desde W. Yeats hasta Thomas Mann. Intentemos, pues, descarnar esta corriente de acontecimientos que básicamente no tienen misterio.

1789 y sus revolucionarias secuelas demostraron, aunque acaso con argumentos no burkeanos, que la democracia es inevitable y que cambiará el curso de la historia de Occidente. El propio Tocqueville tuvo dos opiniones acerca de este probable futuro, y, por ello, viajó por América: para entender el fenómeno en profundidad, y así preparar su llegada a Francia. Al final de su estancia estaba todavía indeciso si dar la bienvenida a la democracia o prevenir contra ella, pero entendió que el problema trascendía de la política, que es fundamentalmente cultural, tomando en el razonamiento público, el lugar de la religión, la estructura de la familia. Posteriormente los intelectuales europeos del siglo y medio posterior a Tocqueville permanecieron parecida-

(5) Para los temas complicados permítasenos destacar que fueron también pacifistas de la derecha que no quisieron perjudicar el equilibrio europeo de poder, por ejemplo con actitudes desafiantes frente a la invasión de Etiopía por Mussolini (1935).

mente dudosos. En cualquier caso, los dos experimentos extra-europeos, el americano y el ruso, abrieron horizontes a la nueva ideología y llevaron a muchas naciones a abrazar alguna forma de colectivismo, tales como comunismo, fascismo o democracia de masas. Esto fue y todavía es "el espíritu del tiempo".

Maurras hizo otra elección: nacionalismo, pero no a la manera de una guerra, sino con una agresividad benigna, más bien un patriotismo organizado, inamovible en su estructura clásica, severamente tradicionalista, construido de acuerdo con el ritmo de un crecimiento local natural, todavía no liberado de seguir el sendero institucional. La doctrina era bastante pragmática (Maurras favoreció las "asociaciones de voluntarios" que creyó haber detectado en los Estados Unidos), pero solo por defecto. Pudo solo aplicar a un país y a un tiempo cuando las ideologías agresivas se imponían a las masas. Discípulos desde el Brasil hasta Rumanía, tenían que formular su propio "maurrasianismo" adaptando a ser posible su pensamiento a las circunstancias locales. Pero esto era imposible. Eventualmente sin una referencia previamente aceptada (el *patriotismo* era evidentemente una apropiación), el pueblo de la otra orilla empezó a referirse a las enseñanzas maurrasianas como "fascismo". Evidentemente, ello no fue exportable al comunismo soviético y a lo que había sido el capitalismo democrático americano.

Por parecidas razones, el antisemitismo de Maurras y (pronto) su anticatolicismo (heredado de Comte) también fueron incomprendidos, a menudo a propósito por sus implacables enemigos. Estos resultados le interesaban solo en tanto que afectaban a Francia. Ninguna ideología podía ser elaborada sin estos elementos. La unidad de la Nación fue la primera consideración, y todo lo que no pudo ser asimilado a la misma fueron los "elementos extraños" que Maurras denominaba *les métèques*, la expresión griega para los ajenos a la familia, no esclavos, ni de estratos inferiores, sino inasimilados. Tales opiniones fueron sostenidas por Comte, Anatole France, los amigos jóvenes de Tocqueville, Gobineau, Renan; la tragedia fue que la experiencia de Hitler convirtió esta perspectiva esencialmente griega, en instrumentos racistas. Si Maurras fue responsable de

ello también lo fueron otros prestigiosos pensadores desde Voltaire en adelante.

Esto nos conduce a una visión mucho más compleja de Maurras sobre la Iglesia, y *por consiguiente*, a una reducción de la animosidad contra él desde esta fecha, en ciertos círculos católicos. Lo que se olvida es que los últimos poemas de Maurras manifiestan una humilde conversión, hasta tal punto que un Papa llegó a proclamarle como Gran Campeón de la Iglesia. En su lecho de muerte pidió y recibió los últimos sacramentos. Esto no supone negar el inicial positivismo de la errónea interpretación de Maurras sobre el origen y trayectoria de la Iglesia, una interpretación bastante próxima a lo equivalente a un movimiento herético, por ejemplo, el de Marción en el siglo II (a. C.). La Iglesia tiene dos aspectos, Maurras razonaba: los cuatro emotivos evangelistas judíos con su sentimental mentalidad misionera, y la sólida superestructura modelada sobre las virtudes políticas romanas, y su sentido de realismo construido sobre el conocimiento de la naturaleza humana. Admiraba la herencia romana y minusvaloraba la semítica, considerando al medio Oriente como una fuente en peligro para el cuerpo político. Solamente al final, Maurras llegó a comprender que no había fractura entre las dos herencias o procedencias citadas; el Maurras militante de las primeras décadas había combatido a los demócratas de Marc-Sagnier (en *La démocratie religieuse*) como una amenaza doble a la Iglesia y al Estado.

El fenómeno "Maurras" merece ser estudiado seriamente por un especialista en historia de Europa de la primera mitad del siglo veinte —la lucha por y contra la democracia— y también porque ignorándolo se perdería una vacuna para los juicios erróneos en la teoría y en práctica política. Medio siglo después de su muerte la visión es bastante clara aun si debe ser desenterrada de debajo de estatos de tabús y otros estratos de nuevos conceptos. Como todos los importantes escritores políticos —Platón, San Agustín, Maquiavelo, Hobbes, Max Weber— Maurras reaccionó a lo que él percibía como un descenso peligroso de la sobriedad política, pero rechazó en convertirse en algo válido universalmente en un siglo necesitado de diagnosis globales y globales

remedios. Su único interés era Francia. A los ojos de sus críticos se convirtió así en un cerrado nacionalista, pero no así a los ojos de los conocedores de su enorme influencia y de su tentativa de integrar el pensamiento político en una perspectiva mediterránea, y así en una clásica visión. A una edad romántica y sentimental, Maurras intentó rehabilitar lo racional como una política de interpretación de lo real, aunque no fue excesivamente optimista acerca del "futuro de la inteligencia", el título de una de sus obras (*L'avenir de l'intelligence*, 1905). Mucha más influencia tuvo el libro antes citado de la *Démocratie religieuse* (1906-1913) en el cual pulveriza la utópica infiltración de la doctrina de la Iglesia y la política. Hasta cierto punto, la carrera pública de Maritain como escritor fue una respuesta a las tesis de estos volúmenes, y quizás no sea incorrecto opinar que el Concilio Vaticano II (1962-1965), viene a significar la liquidación final de la crítica maurrasiana de un catolicismo social y sentimental. La controversia no es probable que acabe pronto (6).

La historia intelectual de Francia ha reconocido varias generaciones de pensadores y escritores que primero fueron rechazados y después llegaron a considerarse como sostenedores de la ortodoxia; por ejemplo, los pintores impresionistas, y poetas como Beaudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé. Por otra parte, han salido varias "generaciones malditas" post maurrasianas, aquéllas que rechazaron la ineptitud de Maurras para liderar concretamente tiempos de crítica; y aquéllas que, ahora *sine ira et studio*, han vuelto a él y a su memoria como el permanente defensor de la claridad de pensamiento y del estilo. De hecho el pensamiento de Maurras está hoy mucho más vivo cuando Francia se está disolviendo en un *potpourri* de sentimentalismo pan-europeo. Para estos discípulos, Alemania sigue siendo el adversario, e incluso François Mitterrand, Presidente socialista con un

(6) El pensamiento de Maurras está frecuentemente compendiado en la fórmula *politique d'abord*, es decir, en los negocios y confrontaciones del mundo, el interés político tiene una consideración primaria. La respuesta de Maritain fue resumida en el "humanismo integral" divinamente inspirado como norma humana sobre todas las cosas. La primera fórmula es excesivamente severa, la segunda irreal.

pasado maurrasiano, tanteó muchos trucos diplomáticos (otro sujeto tabú) para evitar la reunificación en 1990 intentando disuadir a Gorbachov de que la avalase. La historia, su paso según Fukuyama, no está terminando y Maurras popular o maldito, es probable que la acompañe como un observador relevante.

Las generaciones maurrasianas están, si no desapareciendo, perdiendo su influencia intelectual. El "hexágono" sirvió para una política autosuficiente, pero ahora pierde su fuerza en el contexto global. Hay nuevos grupos derechistas, un nuevo nacionalismo dirigido no frente a Alemania sino frente a los Estados Unidos, dispuesto a combatir en otros frentes que los estrictamente políticos. Tres decisivas instituciones importantes, activas hasta 1960, han abandonado la causa nacional tal y como Maurras la había concebido, y han aceptado una secundaria condición: el ejército fue internamente destruido y destripado por De Gaulle cuando concedió la independencia a Argelia; la Iglesia oficial en el Vaticano II optó por el establecimiento del liberalismo democrático y de su cultura; y la fortaleza mental, el sistema de educación (enseñanza en liceos, un adiestramiento universitario bien estructurado, escuelas de élite como la Escuela Normal Superior) han sido todas desmanteladas. El pensamiento y la enseñanza de Maurras, factores determinantes para media centuria, son ahora una rígida ortodoxia de *ipse dixit*, para los subgrupos impotentes, y un objeto de nostalgia para antiguos líderes e ideales. En un sentido, es la agonía de Francia.